

Carlos Daniel VALCARCEL

**INTRODUCCION
A UNA
TEORIA DE LA HISTORIA**



INTRODUCCION A UNA TEORIA
DE LA HISTORIA

Carlos Daniel VALCARCEL

INTRODUCCION A UNA TEORIA DE LA HISTORIA

UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS



Dirección Universitaria de
Biblioteca y Publicaciones

Lima - Perú

SAN MARCOS Y LA CULTURA PERUANA

SERIE: "PEDRO PERALTA BARNUEVO" (Folletos)

- 1 **SAN MARCOS, CUNA DE LA CULTURA PERUANA**
por C. D. VALCARCEL
- 2 **SAN MARCOS: LA IMPRENTA Y LA VACUNA**
(En Prensa)
- 3 **INTRODUCCION A UNA TEORIA DE LA HISTORIA**
por C. D. VALCARCEL

IMPRESO EN EL PERU

PRINTED IN PERU

© Copyright por la

Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos, (Universi-
dad de Lima, DECANA DE AMERICA). Lima-Perú

“El hombre es la medida de todas las cosas: de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son”

PROTAGORAS
(Siglo V, aC.)

“A partir de las famosas obras de Bacon, los escritos que se ocupan de los fundamentos y métodos de las ciencias de la naturaleza e introducen, de este modo, en el estudio de ellas, han sido redactados en su mayoría por sus propios investigadores... Pareja necesidad se dejó sentir entre los que se ocupaban de historia”

DILTHEY

PROLOGO

El presente ensayo está destinado a escudriñar y aclarar en lo posible, la significación de la Historia como disciplina antropológica independiente mediante una inicial fundamentación teórica. Se trata en esta forma de eliminar pedantes extralimitaciones o restricciones indebidas y rechazar endémicas invasiones de ideas, métodos y actitudes que han obstaculizado el desarrollo de la Historia, oscurecido su problemática y desviado su normal trayectoria.

La Historia entendida como una ciencia antropológica no excluye sino más bien necesita cooperación irrestricta de las otras disciplinas, mostrando por su parte un campo propio e irreductible cuyas características urge señalar con claridad. Algo más que una Historiografía y bastante menos que una Culturología, la Historia tiene a la primera como estrato básico y a la segunda como disciplina regulativa de su finalidad específica. De esta manera el historiador puede defender a la historia de caer en yerros deplorables y llevarla a cumplir su misión fundamental: estudiar objetivamente los acontecimientos humanos, usando un principio y método apropiados para su conocimiento auténtico.

Motivo de atraso y desorientación en el campo de la Historia fue aquella tradicional renuncia del historiador a todo lo relacionado con sus problemas teóricos. Por inveterada costumbre, se dejó la solución en manos de gentes forasteras, incapaces de meditar correctamen-

te acerca de algo que conocían con superficialidad y cuyas respuestas, muchas veces brillantes, estaban plagadas de invisibles paralogismos al servicio de prejuicios inconsistentes. Esta situación comenzó a variar cuando una saludable reacción brotó del propio grupo de los historiadores, deseosos de fundamentar por sí mismos a la Historia y discutir la totalidad de los problemas que les planteaba un historiar con pretensiones de obtener resultados objetivamente válidos.

El ensayo que va a continuación se inicia con una parte problemática, donde se examinan los fundamentos y la contraposición del conocimiento antropológico y no-antropológico; se pasa luego a tratar lo referente al problema de la Historia y sus antecedentes a partir de los clásicos. Sigue otra parte teórica y sistemática, donde se estudia al objeto histórico y sus caracteres, la estructura de la Historia, el método de la Comprensión, los procedimientos usados en la investigación histórica y lo relativo a cuestiones sobre la Cronología, la Geografía, el papel de las ciencias auxiliares y la jerarquía de la disciplinas antropológicas. Concluye el ensayo con una parte crítica acerca de algunas deficiencias características del historiador, de lo que es indispensable para la correcta valoración de la obra histórica y las limitaciones que presenta la Historia entendida como una ciencia antropológica.

Con este ensayo, la Universidad de San Marcos fomenta los estudios teóricos sobre Historia; cátedra creada por primera vez para el autor en 1946.

PRIMERA PARTE

PROBLEMATICA

1

CONOCIMIENTO ANTROPOLOGICO Y
NO ANTROPOLOGICO

La Ciencia se caracteriza, de manera fundamental, por la reunión sistemática de conocimientos verificables que permitan la obtención de resultados *objetivamente válidos*, tanto en el campo de las ciencias naturales (por ejemplo, la Botánica), como en el de las ciencias humanas (por ejemplo, la Historia). No hay ciencia donde esta exigencia es incumplida.

Cronológicamente, la ciencia se hace patente mediante un interés cognoscitivo aplicado a "lo heterogéneo", a lo que no es el hombre, es decir al mundo. Es claro que, asimismo, existe una simultánea tendencia autocognoscitiva en creciente desarrollo. De aquí derivará precisamente un futuro conocimiento sistemático de "lo homogéneo", de lo que es el hombre, es decir de lo específicamente antropológico.

Esta temporal actualización del conocimiento científico puede explicarse tanto por un motivo psicológico cuando por una necesidad cotidiana. El hombre antes de una intuición de sí mismo, posee ya una intuición de lo que no es él, de aquello que se le opone y, en consecuencia, desarrolla primero una determinada clase de conocimiento de lo heterogéneo, hacia fuera, al que seguirá un conocimiento de lo homogéneo, hacia dentro. De manera simultánea tiene necesidades premiosas, exigencias, que debe satisfacer con las cosas del mundo. En consecuencia, le es urgente conocer el secreto de los fenómenos naturales para dominarlos y explotarlos en provecho propio. Y sólo cuando todo esto ha sido ya pre-

dominantemente realizado, se interesa por el conocimiento de lo específicamente humano. Lo precedente explica porqué en el desarrollo de la cultura aparece primero una etapa de grandes progresos en el conocimiento de la naturaleza, y de las manifestaciones abstractas que se muestran con ocasión suya, como se nota por ejemplo en la evolución de la cultura occidental.

Tan avasallador fue hasta el siglo anterior el desarrollo del conocimiento de "lo heterogéneo" que, prácticamente, monopolizó el uso del concepto "ciencia". Sin embargo, sus disciplinas, calificadas por algunos como un "saber de poderío", comenzaron a sufrir una crítica fundamental. Se descubrió entonces que la ciencia, en su genuino sentido universal, no había sido agotada. Existía un territorio nuevo y distinto: el de lo humano, campo rico en ahondamientos interiores, susceptible de ser sistematizado en forma científica. Surgió de este modo al lado del género de las ciencias naturales y del de las matemáticas, otro ámbito genérico: el de las ciencias antropológicas, calificadas por algunos como un "saber de salvación". Y junto al conocimiento no-antropológico (de lo heterogéneo) sitúase el conocimiento antropológico (de lo homogéneo), donde la exactitud externa de aquél se compensa con el ahondamiento íntimo, la exactitud interna de éste, plena de aspectos inéditos que rebasan el ámbito tradicional. En consecuencia, a un desarrollo del conocimiento no-antropológico sigue un desarrollo del conocimiento antropológico, a un "saber de poderío", un "saber de salvación".

Con el propósito de evitar equívocos, se impone una digresión aclaratoria. Se entiende aquí por antropológi-

cas aquellas ciencias cuya materia la produce el hombre como resultado de su actividad, en contraposición a las naturales cuyo contenido le es ajeno. El concepto denominado "antropológico" aparece como uno de los más adecuados para calificar lo específico de las ciencias que se ocupan del hombre, pues las denominaciones de "ciencias morales y sociales", de "ciencias del espíritu" y otras similares despiertan repercusiones que desvirtúan su sentido auténtico. Por otra parte, es necesario recalcar la esencial diferencia entre "antropológico" y "somatológico", conceptos usados prejuiciosamente como sinónimos.

Ahora bien, es pertinente aclarar que la diferencia entre ciencias antropológicas y no-antropológicas es simplemente metódica. La Ciencia es esencialmente una dentro de la cultura y constituye parte de su expresión integral. Lo que realmente sucede es que ésta no ha completado todavía su evolución, pues habiendo estado predominantemente destinada al estudio de la naturaleza, en los últimos tiempos comenzó a ser aplicada al estudio del hombre. Salir de esta unilateralidad está llevando a la Ciencia hacia una irrestricta aplicación universal con insospechadas repercusiones en su ámbito teórico. El mayor aporte de la crítica fué señalar lo erróneo que era trasladar de manera apresurada principios, métodos y dispositivos auxiliares de un campo donde habían tenido éxito (fenómenos naturales), a un nuevo y problemático campo de conocimiento (fenómenos antropológicos).

Aquí es congruente añadir a la diferencia cronológica precedente, una diferencia esencial en función del distinto contenido genérico. Las ciencias antropológicas

y no-antropológicas se diferencian también por el Principio fundamentante y por el Método que utilizan. Mientras las ciencias naturales se apoyan en el principio de Causalidad y usan predominantemente el método Inductivo, las ciencias antropológicas se apoyan en el principio Teleológico y usan predominantemente el método de la Comprensión.

Según el principio de Causalidad, todo efecto fenoménico se explica por algo precedente denominado causa. Mediante la relación causa-efecto se descubren las constantes que determinan la regularidad de los fenómenos y pueden ser enunciadas las leyes que los rigen. Sin embargo, el principio de Causalidad se aplica a hechos ininteriorizables por ser de naturaleza heterogénea al hombre. Según el principio Teleológico, (ya conocido por Aristóteles, aunque venido a menos durante el auge del naturalismo), todo fenómeno tiene una determinada finalidad intrínseca, susceptible de ser descubierta por tratarse de fenómenos homogéneos al hombre. Al comenzar el desarrollo científico-antropológico se trasladó bruscamente a este novísimo campo el principio y el método característicos de las ciencias naturales. Brotaron entonces obstáculos imprevistos, que desaparecieron posteriormente al aplicarse el principio Teleológico y el método de la Comprensión. Así, la caída de una piedra se explica satisfactoriamente por la gravedad; sería absurdo preguntarse por la finalidad de la piedra al producirse aquel fenómeno. Por el contrario en el campo antropológico lo importante es conocer la finalidad yacente en un determinado hecho histórico, por ejemplo la de Pizarro al firmar la Capitulación de

Toledo en 1529. Esta oculta finalidad aparece redivida gracias a nuestra inherente propiedad de poder interiorizar, de manera objetiva, un fenómeno homogéneo a nosotros. En consecuencia (como se dijo anteriormente), a la exactitud externa del conocimiento científico-natural se contraponen la exactitud interna del conocimiento científico-antropológico. Además, éste aprovecha los resultados de aquel, pero ¿sucede lo inverso? Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que un fenómeno antropológico carente de finalidad es un sin-sentido, un absurdo. Y así como el elemento rector de las ciencias naturales es el principio de Causalidad, el elemento rector de las ciencias antropológicas es el principio Teleológico.

Finalmente, es asimismo necesario tener en cuenta la diferencia de métodos en la indagación de la verdad de los fenómenos naturales y de los fenómenos antropológicos. Mientras el método Inductivo aparece como el obligado instrumento en aquéllos, el método de la Comprensión lo es en éstos. Los fenómenos naturales se observan, experimentan y explican; los fenómenos antropológicos se comprenden, hecho que involucra observar, experimentar e interpretar. Y como en el campo de lo antropológico también existen constantes, pueden ser enunciadas leyes y preverse los fenómenos en sus posibles variantes.

Epistemológicamente, el género de las ciencias antropológicas muestran un Principio y un Método propios que permiten arribar a resultados valederos, sin la deformación derivada de aplicar otros, apresuradamente transplantados, de opuestos territorios. El problema prin-

principal en el campo antropológico actual es: cómo limpiarlo progresivamente de añejas influencias naturalistas.

Como tarea futura, queda la concreta unificación de los diversos campos genéricos de las ciencias en una estructura unitaria. Por debajo de la separación metódica del conocimiento en antropológico y no-antropológico, se tiende a encontrar un plano superior que los subsuma, tarea propia de la Culturología. El mayor peligro que amenaza a un conocimiento esencial de la ciencia es la unilateralidad del conocimiento científico. Mostrada la validez científica inherente al campo de lo antropológico, se tiene ya el punto de partida para desarrollar el propósito de este ensayo acerca de la Historia.

EL PROBLEMA Y SUS ANTECEDENTES

¿Qué es la Historia? Esta fundamental interrogación no puede ser contestada de inmediato, porque precisamente la finalidad del presente ensayo es bosquejar una inicial respuesta. A las dificultades propias de toda contestación análoga, se añaden multitud de conceptos inadecuados que sobre la Historia se han usado en diferentes épocas. Por ahora, la metódica diferenciación de las ciencias permite ubicar ya a la Historia en su correspondiente campo genérico.

Enunciada la pregunta inicial, será preciso examinar el aspecto genético de la Historia, revisar su proceso y señalar su actual estado. Conocer el pasado específico de algo significa acumular elementos básicos para su comprensión integral y la posible solución de sus problemas. Por esto, aquí se hará un escorzo del proceso de la Historia, manteniendo un equilibrio entre lo constante y lo variable que conforman su individualidad cultural.

La vida histórica precede a la Historia o ciencia que estudia los acontecimientos humanos. La encontramos consciente ya de su misión específica entre los griegos. Los problemas básicos de la Historia y los gérmenes de novísimas cuestiones pueden ser espigados en las obras de sus historiadores clásicos. La Historia es una mostración, un despliegue de hechos memorables donde se destaca la acción decisiva de los hombres célebres, en función de sus pueblos. Narrar la ver-

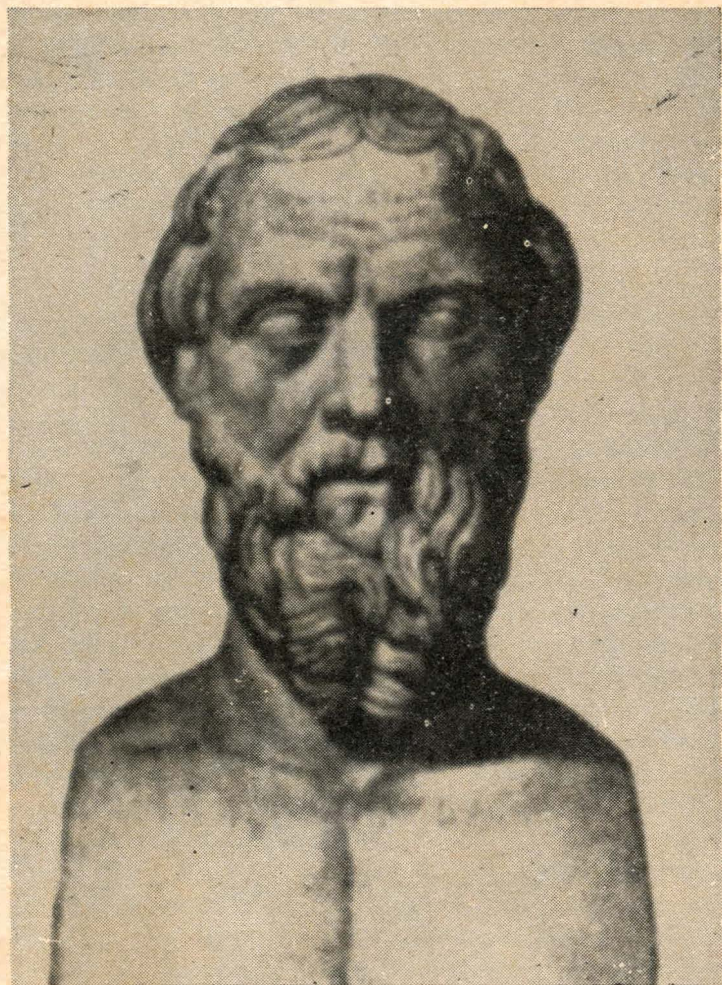
dad de los acontecimientos contemporáneos es la tarea fundamental del historiador griego, con su implícita tendencia heurística. Lo primero es incommovible; lo último: la contemporaneidad, es lo discutible del aporte helénico. Para el historiador griego, el pasado remoto más que verdadero es verosímil. La carencia de elementos auxiliares imprescindibles le impide una suficiente y adecuada conservación de sus fuentes. En consecuencia, hay un constante interés por los acontecimientos contemporáneos, donde puede utilizarse el testimonio de los personajes que actuaron, (inclusive el del propio historiador), explicar las razones de aquellos memorables sucesos. La época no permitía distinguir entre Crónica e Historia, entre una versión siempre parcial de los hechos actuales y una narración e interpretación objetiva de lo pasado, del hecho memorable dueño de una suficiente perspectiva temporal.

Aunque cada uno de los historiadores helenos muestran características individuales, son constantes un interés por la cronología, la geografía, el culto a lo memorable propio y ajeno, a la adecuada expresión literaria y una vigilante actitud crítica. Por ejemplo, al iniciarse la Historia como una disciplina independiente, Herodoto de Halicarnaso escribe con el propósito de evitar el olvido "de los hechos públicos de los hombres" y las hazañas de los griegos y de los bárbaros, es decir no-griegos. Poniendo el acento sobre las guerras Médicas, narra con proligidad "sucesos varios e interesantes" y las "causas y motivos" de sus mutuas luchas. Tucídides de Alimanta representa un incremento en los resultados objetivos, en la expresión y en la actitud crítica, pues no so-

lamente se nota un mayor afán de verdad y de interna comprensión histórica, sino un enjuiciamiento crítico de la Historia de su tiempo cuando claramente alude a Herodoto al expresar que no se debe dar crédito ni a los poetas "ni a los historiadores que mezclan las poesías en sus historias, y procuran antes decir cosas deleitables y apacibles a los oídos del que escucha que verdaderas". Aborda también otros temas muy importantes, cuando sostiene cómo la exactitud del relato puede ser "sin no en las palabras, en el sentido"; o, al señalar "la ocasión que hubo para romper las treguas, y los motivos y diferencias" que iniciaron las guerras del Peloponeso, recalca la importancia de razones que circunstancialmente son siempre ocultadas, pues la "causa más principal y más verdadera, aunque no se dice de palabra, fué el temor" de los espartanos ante el creciente poder de los atenienses.

La Historia pasa con naturalidad de una época a otra gracias a la presencia de historiadores griegos romanizados, cuyas obras se entrelazan cronológica y espiritualmente con las de sus congéneres romanos. El mundo era conquistado y organizado por Roma, haciéndose patente una visión ecuménica de la historia en función de un procedimiento comparativo. Paralelamente, aparecen tendencias filosófico-históricas y literarias. El sentido pragmático y genético predominan (éste menos que aquél) y una afirmación de la decisiva importancia del personaje en el comienzo, desarrollo y culminación de los hechos memorables. Por ejemplo, la obra del griego Polibio de Megalópolis refleja esa tendencia universalista que lo contagia todo en Roma y repele cual-

quier expresión local que no sea simple momento metódico para una auténtica visión del conjunto. La vida histórica se había mezclado de manera tal, hasta parecer "que la historia como que se ha reunido en un solo cuerpo". La propia grandeza de su plan lo lleva a meditar, a filosofar, con lo que circunstancial y repetidamente aparece el nexó entre los hechos que empíricamente pasan y lo esencial que permanece y les da sentido. Como una consecuencia, Polibio plantea el problema de la importancia y utilidad de la Historia para "la instrucción del hombre" y particularmente del político. Este sentido de la Historia se entrelaza con un interés genético en la obra de Tito Livio, que abarca desde los orígenes de Roma hasta los tiempos de su máxima grandeza en un deseo de "perpetuar la memoria de las grandes cosas llevadas a cabo por el pueblo más grande de la tierra". Los sucesos antiguos son más bellos que ciertos, sin pretender Tito Livio "afirmarlos o rechazarlos, debiéndose perdonar a la antigüedad esa mezcla de cosas divinas y humanas que imprime caracteres más augustos al origen de las ciudades". Aunque en verdad, lo más importante es "conocer la vida y costumbres de los primeros romanos, quiénes fueron los hombres y cuáles las artes, tanto en la paz como en la guerra, que fundaron nuestra grandeza y le dieron impulso, y seguir, en fin, con el pensamiento la insensible debilitación de la disciplina y aquella primera relajación de costumbres que, lanzándose muy pronto por rápida pendiente, precipitaron su caída, hasta nuestros días, en que el remedio es tan insoportable como el mal". Con mayor sentido positivo de la Historia, Tácito acentúa el



HERODOTO DE HALICARNASO
(¿484-20?)

aspecto pragmático y hace gala de una sobria expresión literaria cargada de inefables sugerencias que hacen más comprensibles a los hombres y a la época decadente que le tocó historiar. Un griego, contemporáneo suyo: Plutarco de Queronea, con criterio universal y comparativo, cultiva la biografía de los griegos y romanos ilustres que simultáneamente decidieron la vida histórica de su época.

La transformación cultural que trajo el cristianismo se refleja en el campo de la Historia. A la etapa antropocéntrica clásica, sigue una etapa teocéntrica, donde una tenaz preocupación metafísica se entrecruza con el desarrollo mundano de los acontecimientos. Se mezclan asuntos históricos con temas teológicos, discusiones morales, somáticas y otras de la más variada índole en ensayo que rebasa lo propiamente antropológico. La actitud es de polémica con los temas antiguos, buscándose el afianzamiento de la nueva cultura cristiana. La auténtica finalidad de los acontecimientos se cumple fuera del mundo, porque la breve existencia mundana es un preludio de la eterna vida futura, tema de constante preocupación medieval. Típicamente, esta tendencia está presente en la obra de San Agustín. La Roma decadente es destruída por los bárbaros. Paradójicamente, lo que se salva es debido a los cristianos. Apoyado en las Sagradas Escrituras, estudia los orígenes del mundo y del hombre, y sigue hasta los tiempos del cristianismo. La vida histórica presenta una dualidad sociológica que arranca de Caín y Abel. Conviven en la realidad de las Civitas Diaboli (reunión de hombres malvados, cuyo final es el infierno-) y las Civitas Dei (reunión de

hombres justos, cuyo final es el cielo). El historiador no está limitado por el pasado, sino que inclusive prevé los acontecimientos futuros, teniendo como tramo último el juicio final. Toda esta época muestra un florecimiento de las crónicas, hagiografías y una literatura histórica circunstancial de inconsistente objetividad.

Un apasionado estudio de la cultura clásica, determina el llamado Renacimiento. Simultáneamente, con los grandes descubrimientos el mundo histórico se ensancha bruscamente. Vuelve entonces la Historia a sus antiguos cauces, es decir retoma su tendencia antropocéntrica. Lo importante es la narración verdadera de los acontecimientos, con un criterio revisionista, atenuada muchas veces por razones circunstanciales. La historia integral es el resultado de la historia externa y de la historia interna, es decir de la vida internacional y nacional de cada pueblo, guardando una estricta cronología y un orgánico paralelismo. Los hombres vuelven a ocupar un lugar preponderante en el desarrollo de la vida histórica, florece un acusado sentido pragmático y en el aspecto genético se destaca la era cristiana. Como un ejemplo puede tomarse a Maquiavelo. En su "Historia de Florencia" estudia tanto los sucesos interiores cuanto la vida de Italia, a través de la política y de las guerras, con una objetividad precursora. Las obras que más celebridad le dieron, están firmemente asentadas en el estudio de la historia clásica.

La época de la Ilustración pone las bases del florecimiento historicista del siglo XIX. Desde el punto de vista ideológico y técnico, se afianza la historiografía crítica y son trasladados al campo de la Historia concep-

tos, teóricos propios del estudio de la naturaleza. La tendencia sociológica se entrecruza y resalta el factor económico, antes disminuído prejuiciosamente. Esta situación es superada gracias a una nueva tendencia, que pretende fundamentar el conocimiento antropológico de manera distinta, desterrar el naturalismo y relevar el papel de la axiología en el auténtico desarrollo del conocimiento histórico. Examinado brevemente el aspecto genético de la Historia, el problema, podía ser planteado mediante esta otra interrogación: ¿cuál es el objeto, estructura y límites de la Historia?

SEGUNDA PARTE

TEORETICA Y SISTEMATICA

INTRODUCCION

La primera diferenciación viene al darse de las clasificaciones metodológicas y metodológicas del desarrollo fundamental de los estudios que se hacen particularmente a las disciplinas que estudian el desarrollo de los que estudian a la economía, y también al problema metodológico de la historia.

SEGUNDA PARTE

En esta parte se estudian los aspectos metodológicos de las disciplinas que estudian el desarrollo de los que estudian a la economía, y también al problema metodológico de la historia.

TEORETICA Y SISTEMATICA

En esta parte se estudian los aspectos metodológicos de las disciplinas que estudian el desarrollo de los que estudian a la economía, y también al problema metodológico de la historia.

INTRODUCCION

En esta parte se estudian los aspectos metodológicos de las disciplinas que estudian el desarrollo de los que estudian a la economía, y también al problema metodológico de la historia.

La previa diferenciación entre el género de las ciencias antropológicas y no-antropológicas ha permitido fundamentar el motivo que separa metódicamente a las disciplinas que estudian al hombre de las que estudian a la naturaleza, y plantear el problema específico de la Historia.

Por otra parte, el desarrollo de su aspecto genético descubre la constancia y la variabilidad de ciertos temas, explica cómo esta disciplina ha llegado con una determinada problemática a su actual estado.

En esta parte se desarrollarán cuestiones referentes al objeto histórico y a los caracteres que permitan individualizarlo, a la demostración de la estructura integral de la Historia y sus internas diferencias, al método y a sus procedimientos, además de tocar ligeramente la importancia de la Cronología y de la Geografía, tan íntimamente relacionados con el tiempo y el espacio, las de otras ciencias auxiliares y su aporte al desarrollo del conocimiento histórico.

EL OBJETO HISTORICO

Si se pone entre paréntesis la caótica multiplicidad del acontecer empírico, necesario es interrogarse por el elemento constante que aparece en los diferentes hechos históricos, por aquel común "objeto" que es vehículo de infinitas diferencias circunstanciales. Tomando como trampolín la intuición directa del historiador, la manera como recoge de la vida histórica su material para la historia, podrá intuírse lo esencial del objeto histórico y sus inherentes caracteres, opacados a primera vista por el cromático brillo de los hechos empíricos.

Se nota de inmediato que el historiador no toma la totalidad del suceder humano, sino que actúa en función selectiva, escoge algo de la confusa trama de un lapso determinado. Le interesa aquello que por su importancia debe perdurar en el recuerdo de los hombres: el hecho memorable, ya sea en función de lo nacional, continental, mundial o personal.

Cabe señalar aquí una importante diferencia entre el historiador y el cultorólogo y de manera correspondiente entre la historia y la culturología. Al primero le interesa algo en función de una estructura determinada, mientras al segundo le interesa lo inverso, es decir la estructura misma en función de un ya supuesto múltiple.

Colmada la digresión y retornando a lo principal, se podría ensayar una denominación para el hecho memorable, objeto propio y constante de la Historia. Como no se trata de un hecho común sino de un hecho valioso,

del suceso que ha marcado una determinada huella en la vida de los pueblos o de la humanidad, puede dársele, por convención, el nombre de Acontecimiento. De esta manera, va precisándose lentamente la conformación integral de la Historia. Esta aparece ya como una ciencia antropológica, constituida por Acontecimientos. Precisa ahora intentar el señalamiento de los caracteres que en todo momento permitan reconocerlos.

Lo primero y notorio es que el Acontecimiento supone la realización del hecho importante que ocurrió una vez, de una sola manera y nada más que así, es decir que simultáneamente posee valiosidad y es rotundamente único, no se repite ni en el tiempo ni el espacio. Toda labor histórica tiende pues a revivir y recomponer un intrasferible acaecer humano representado por el Acontecimiento, a pesar de que vacilemos psicológicamente frente a las más contradictorias opiniones que pretenden calificarlo. Cualquier parecido entre uno y otro acontecimiento es una simple analogía, incapaz de llegar nunca a la identidad. Muchas veces aquella puede dar la impresión de ésta y oscurecer la comprensión histórica; pero diferenciada de la identidad y aclarada su significación, la analogía adquiere una decisiva importancia en la correcta interpretación de la historia pasada y en la precisión futura como problema antropológico. En realidad, la historia nunca se repite, aunque siempre se parece.

Esa simultánea y universal valiosidad singular del Acontecimiento es lo que permite al historiador, mediante su intuición específica, seleccionarlo de entre el aparente suceder caótico de lo humano. Contrariamente a

lo que ocurre en este género de disciplinas antropológicas, sucede en el género de las ciencias naturales, donde toda universalidad exige por principio una capacidad de repetición ilimitada. Por ejemplo, la rebelión del cacique Túpac Amaru se califica de "acontecimiento" por su gran importancia y por su simultánea singularidad. Es valiosa y única, no ha podido ocurrir sino una vez. Si se le ignorase, la historia del Virreinato aparecería con un vacío incolmable, la historia del Perú incompleta y, por ende, sería imposible conocer la auténtica historia universal de aquel lapso. Este inicial carácter inherente al Acontecimiento puede sintéticamente enunciarse bajo el nombre de *Univaliosidad*.

Un segundo carácter observable es que todos los aspectos de un lapso determinado aparecen como reflejados en el Acontecimiento sin propiamente constituirlo, sin ser sus partes. Esto se debe a que el Acontecimiento, por ser un hecho magno, a pesar de su singularidad recoge la totalidad de vida de una época y sintéticamente la representa. En el campo antropológico, lo individual, lo único no es sinónimo de cosa aislada y fragmentaria, sino de plenitud ecuménica cuando es auténtica. Este segundo carácter inherente al Acontecimiento puede designarse bajo el nombre de *Reflejabilidad*.

Aquí una digresión. Puede señalarse, en obsequio a la claridad, otra diferencia entre la historia y la cultura: en ésta los diversos aspectos de un lapso histórico determinado aparecen como sus partes componentes, es decir son constitutivos y no simplemente reflejantes como en aquella. Por ejemplo, al estudiarse aquel gran acontecimiento del siglo XVIII: la rebelión de Tú-

pac Amaru, pueden descubrirse en él proyectados aspectos económicos, políticos, jurídicos, etc. etc. propios de aquel lapso y, en consecuencia, comprenderse mejor lo esencial y lo circunstancial de tales formas de vida histórica en función de dicho acontecimiento. La multiplicidad de aspectos acumulados no nublan la individualidad del acontecimiento, muy al contrario la destaca. Este mismo problema para el culturólogo aparece no como reflejante sino como constitutivo.

Cada uno de los diferentes aspectos son elementos que va colocándose hasta hacer patente una latente estructura cultural.

Un postrer carácter del Acontecimiento está representado por su gradual aparecer y desaparecer en la inmensa superficie del general acaecer humano. Es algo así como un relieve muy acusado, cuya parte inicial y cuyo término se confunden con el horizontal tramado de la totalidad de los hechos antropológicos, sin que sea posible precisar con rigurosa certeza el verdadero instante concreto que marca el principio y fin del Acontecimiento. Comienza, se desarrolla por intususcepción y concluye con cierto debilitamiento característico, a manera de brote indiviso que va desapareciendo de esa acumulación milenaria que el hombre deja como huella del incesante trajín de generaciones. El acontecimiento latente, con ocasión de una circunstancia determinada, se hace patente, para luego eclipsarse, desaparecer. Y siempre, en el desarrollo de este proceso aparece lo imprevisto, "el azar", poniendo una nota inefable en el acaecer histórico. Por ejemplo, en la ya citada rebelión de Túpac Amaru es imposible señalar con precisión apodíctica su comienzo y tér-

mino cronológicos. Puede precisarse el día del levantamiento y de la captura, y nada más. Pero si por hipótesis se pudiera hacerlo, quedaría la duda sobre si coincide el proceso orgánico del Acontecimiento con su iniciación y término cronológicos. Esta imprecisión, sin embargo, no es un obstáculo a la pretensión científica de la Historia, pues toda ciencia (natural o antropológica), presenta en sus manifestaciones empíricas un constante margen de error que por pequeñísimo no es menos real y objetable. Este postrer carácter inherente al Acontecimiento puede ser designado bajo el nombre de Graduabilidad.

En resumen, la Historia es una ciencia antropológica constituida por Acontecimientos. Estos, a su vez, muestran tres típicos caracteres: la Universalidad la Reflejabilidad y la Graduabilidad.

ESTRUCTURA DE LA HISTORIA

Señalado el "objeto" de la Historia, necesario es interrogarse por su estructura. Retomando como trampolín la actividad específica del historiador, se constata que toda historia integral se cumple a través de dos momentos insoslayables: el descriptivo y el interpretativo. Conocer un acontecimiento supone previamente *narrarlo* y luego desentrañar su sentido, *interpretarlo*. Si a la parte descriptiva la denominamos Historiografía y a la parte interpretativa Historiología, ambas representan momentos necesarios y correlativos para conocer la Historia. Parafraseando un pensamiento kantiano muy divulgado, puede sostenerse que toda historiografía sin una historiología es ciega y que toda historiología sin una historiografía es vacía. La estructura de la Historia aparece como el producto de su mutua e indisoluble correlación. Pero hay algo más. Cuando se analizan estas subestructuras de la Historia, al parecer simples se descubre una interna complejidad que puede ser brevemente expuesta.

Toda historiografía objetivamente válida presenta una zona inicial, de tipo acumulativo, donde se reúnen los elementos o "fuentes" que permiten desarrollar la futura descripción verdadera de los acontecimientos. Esta parte de la historiografía recibe la denominación de Heurística. Su aplicación se extiende al de las restantes disciplinas antropológicas. Cumplidos los requisitos de crítica externa e interna aplicadas a las fuentes, se hace patente cómo la faena básica de toda posible Historia

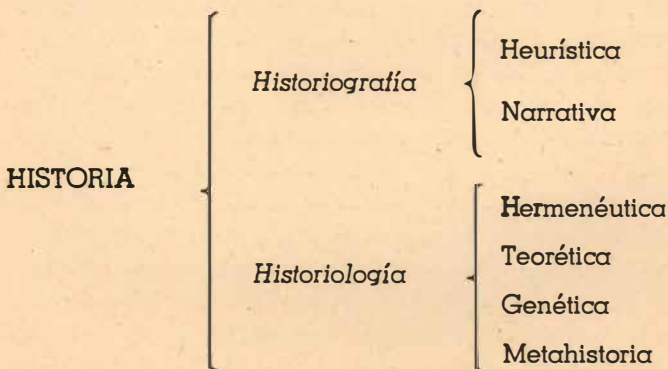
es narrar la verdad de lo acaecido. Esta descripción crítica, solidamente apoyada en diferentes ciencias auxiliares, trata de recomponer en forma lo más aproximada la trama del acaecer concreto del Acontecimiento, utilizando a la imaginación reproductora, con un estilo capaz de eliminar cualquier equívoco en la expresión. Por sus características, recibe el nombre de Narrativa. En consecuencia, la Historiografía comprende los aspectos heurístico y descriptivo.

Como se ve, la importancia de la Historiografía es fundamental. Mediante ella se puede mostrar de manera detallada y objetiva cómo ocurrió el acontecimiento. Su deficiencia radica en el hecho de ser sus resultados meramente *mostrativos* y quedar más acá de toda interpretación que haga patente el sentido de lo previamente descrito. La narración escueta es algo por principio incompleto, algo que logra adquirir fisonomía propia cuando interpreta, (aunque sólo sea en forma provisional), pues este momento se considera como término y coronamiento orgánico de su tarea, eliminando la trágica insatisfacción de contemplar el aspecto del acontecimiento e ignorar su sentido. Tal repercusión subjetiva es más que un mero momento psicológico. Aparece más bien como el signo de una exigencia objetiva con ocasión de la específica vivencia del historiador. Esa misión complementaria e imprescindible corresponde a la Historiología.

La genuina interpretación del acontecimiento narrado le confiere integralidad, siempre que se atenga a lo dado por la Historiografía, sin ir más allá de los datos y su correspondiente descripción. Esta parte de la Histo-

riología que interpreta los acontecimientos se denomina Hermenéutica. Necesario es aclarar que su aplicación se hace ostensible también en la subesfera historiográfica, por ejemplo en la crítica interna de las fuentes. Pero la Historiología tiene además otros problemas. Se trata de cuestiones que atañen a la Historia, entendida como una disciplina integral, completa en sus atributos. Uno, es el referente a las cuestiones relacionadas con la fundamentación científica de la Historia, su método y procedimientos auxiliares, parte que linda con la teoría del conocimiento y a la que se denomina Teorética. Otro, es el que se relaciona con el proceso que ha sufrido la Historia a través del tiempo, con el conocimiento de sus peripecias, parte a la que se denomina Genética. Finalmente, aquel donde se plantea y desarrollan temas que llevan insensiblemente a cuestiones de índole filosófica, parte a la que se denomina Metahistoria.

Según la precedente exposición puede hacerse patente la figura integral de la Historia mediante el cuadro siguiente:



Con este distinto e integral planteamiento, la Historiología saca a la Historia del limitado campo tradicional señalado por la Historiografía, (clásicamente entendida como Historia), que no ensayó abordar tales problemas ni los consideró, con manifiesto prejuicio, como una posible tarea suya.

MÉTODOS Y PROCEDIMIENTOS

Mirando y remirando la sucesión de los acontecimientos, las andanzas, venturas y desventuras de los hombres y los pueblos que merecen el recuerdo de la posteridad, de inmediato una pasión forastera, diferente de las otras se apodera del sujeto que los contempla con empecinada atención. Y a su conjuro emerge rediviva una forma de vida al parecer desaparecida, plena de reflejos inéditos, para seducirnos o para enardecernos. Diríase entonces que el hombre actual retrocede al pasado, se convierte en su agente y comparte aquel destino arcaico. Es como si espiritualmente no existiesen distancias temporales entre esa vida que se levanta y ese hombre que la observa desde un atalaya nuevo. Y así colocado, parece como si debiera banderizarse con las diferentes situaciones pasadas y rechazar cualquier objeción, sin permitirse otra actitud so pena de invectivas tremendas. Y ya parcializado, si alguien defendiese o atacase lo que es objeto de su adhesión o de su repulsa, solamente debiera responder con loas o imprecaciones. Estas son las características de un hombre en actitud cotidiana, en la característica actitud subjetiva del prehistoriar.

Pero qué hacer cuándo no basta el revivir ingenuo y meramente psicológico del acontecer histórico? cuándo un intenso afán de conocer se impone? cuándo más allá de un epidérmico revivir lo histórico se está frente al imperativo de conocer la verdad de aquella vida pasada, más acá de la simpatía o de la antipatía que de

inmediato despierta? Esto plantea un problema distinto, bajo cuyo impulso el sujeto logra remontar aquella ingenua repercusión epidérmica, tan cara al psicologismo histórico y enfrentarse con las dificultades que caracterizan su conocimiento. Este es, por excelencia, el gran problema del historiador. Su solución es harto complicada, porque no se trata de que la tendencia cognoscitiva estrangule la intuición irracional de ese vivir histórico, sino que ésta encuentre su natural complemento en aquella, y sea posible conocer la verdad de lo acaecido y no lo que previamente se deseaba que hubiese ocurrido.

Tomemos por ejemplo un acontecimiento de la historia peruana. Cuando el cacique Túpac Amaru se levanta y apresa al corregidor Arriaga el cuatro de noviembre de 1780, quien defiende o ataque aquella rebelión ¿llegará a descubrir lo fundamental de dicho acontecimiento y del hombre que lo encabezó? Se podría quizá acompañarlo en su vacilante derrotero, sentir algo de su esperanza o de su angustia y nada más. ¿Qué es necesario efectuar si se pretende no quedar anegado en el flujo viviente de lo acaecido? ¿Si se quiere provocar un reflujo y hacer historia? Lo imprescindible es penetrar en un terreno nuevo, donde la vida humana ni domine ni esté disecada, sino puesta simplemente a distancia tal que adquiriera una normal perspectiva para su conocimiento. Porque se defiende o se ataca lo que está indisolublemente unido al observador ingenuo, donde la ausencia de distancias impide comprender e interpretar en actitud predominantemente contemplativa. De manera previa es necesario co-vivir lo histórico y remontarse

luego a un plano cognoscitivo, ensalzando lo positivo y censurando lo negativo de un mismo acontecimiento. Este es un axioma para todo historiador dueño de una actitud científica. Cuando se vive subjetivamente el *acaecer* histórico, existe un avasallador señorío del *defender* o del *atacar*; cuando se trata de conocer lo *acaecido*, es decir de historiar, es necesario comprender para desentrañar la finalidad yacente en el acontecimiento. Es la diferencia entre la *doxa* (opinión) y la *episteme* (conocimiento).

El método de la Comprensión tiene un sentido antropológico propio, distinto del que usa la Lógica. En esta, se entiende por Comprensión la referencia precisa de un concepto determinado a su objeto correspondiente. Mientras en sentido antropológico, la Comprensión viene a ser la reactualización de contenidos espirituales, objetivados y valiosos, dados en una determinada circunstancia histórica. Con este adecuado instrumento, el historiador puede conocer la verdad de los acontecimientos. Este buceo de la vivencia originaria es posible, porque se trata de un fenómeno antropológico, genéricamente asequible. Hay homogeneidad, no el hiatus que caracteriza al conocimiento del objeto natural, heterogéneo al hombre. Mediante el comprender, los acontecimientos adquieren un sentido; mediante el *defender* o el *atacar* desembocan, por el contrario, en el *sin-sentido*. Este debe ser esquivado, mientras aquél deb ser abordado. Si en lugar de la actitud de comprender se adoptase la del *defender* o del *atacar* no se llegaría a desentrañar la finalidad yacente en los acontecimientos, abriéndose, en realidad, una simple válvula de escape a oscuros impulsos, no canaliza-

dos, característicos de una actitud que pertenecen a la etapa de un. historiar ingenuo o a la prejuiciosa etapa subjetiva del prehistoriar.

El trabajo histórico, en su proceso, parte de una etapa *sintético-previa*, pasa por una etapa *analítica* y culmina en una etapa *sintético-plena*. En función del método de la Comprensión tiene la Historia, sus Procedimientos adecuados. El directo contacto con los hechos no es lo fundamental para el conocimiento histórico sino uno de sus tantos elementos, porque cada acontecimiento rebasa al espectador y al actor mismos. Esta observación inmediata puede llegar a conocimiento del historiador mediante la Tradición oral, (expresiones poéticas, fábulas, leyendas, sentencias, refranes), escrita, (inscripciones, y listas, anales, biografías, memorias, periódicos, hojas sueltas etc.) y tradición gráfica complementaria (monumentos contemporáneos, grabados etc.). Acumulando el material, la crítica externa averigua si la fuente es auténtica o ha sufrido falsificación, comparándola con otras contemporáneas, o alguna conocida con seguridad, o concordante con otras del mismo medio. Determina su época y lugar; identifica al autor; señala su dependencia o independencia de otras fuentes; reproduce el texto primitivo, que puede ser el manuscrito original (*Archetypos*), o su primera edición (*Editio Princeps*). A faltas de éstas, se reunirá el mayor número de fuentes derivadas y se escogerá por comparación la mejor. El siguiente paso, antes de su utilización, consiste en someterla a la crítica interna. En actitud hermenéutica, hay que examinar la veracidad de las fuentes desde ángulos diversos. Esta eta-

pa heurística culmina con un ordenamiento jerárquico, quedando en aptitud de ser ya utilizadas. Entonces viene la revisión integral del acontecimiento y su adecuada distribución y periodificación. Cada una de las partes esbozadas son después trabajadas de manera particular, como si fueran piezas independientes, reforzando las partes susceptibles de polémica o que aporten datos novísimos mediante Notas (de preferencia al pie de página), ilustrándolas cuando fuese conveniente. La exposición del acontecimiento es tarea ardua y sujeta a una constante revisión. Terminada la parte historiográfica (que puede mostrar breves pasajes de digresión), viene una parte de interpretación integral, donde la hermenéutica permite descubrir el sentido histórico de aquél. Si el acontecimiento ha sido ya estudiado, integral o fragmentariamente, precisa examinar sus resultados y tener una visión actual de su contenido.

6

CRONOLOGIA Y GEOGRAFIA



CLIO
Musa de la Historia
(MUSEO DEL VATICANO)

Desde sus orígenes, la Historiografía está íntimamente relacionada con la Cronología y la Geografía y sus correspondientes problemas de tiempo y espacio. También su estrecha relación con disciplinas menores le ha sido particularmente importante. Confusión especial se ha notado muchas veces entre la Historia y la Cronología. Dos cosas pueden estar íntimamente vinculados y ser sin embargo diferentes. Por esto, se examinará en lo que sigue algunas cuestiones específicas.

Por principio, el Tiempo es algo que rebasa el ámbito de la Historia como disciplina antropológica y se conecta en forma universal con todo lo que es posible conocer. Objetivamente considerado es y se concreta mediante la Cronología, ciencia auxiliar de la Historia que ordena y mide la multiplicidad de los hechos temporalmente considerados, susceptibles de memorización. Subjetivamente, el tiempo se hace patente mediante la vivencia de duración. La Cronología es un imprescindible auxiliar, que sirve a la Historia para ordenar los hechos y mostrar su necesaria sucesión o simultaneidad orgánicas. El arcaico concepto de la Historia como una ciencia descriptiva de fenómenos, permitió hablar de una "historia natural" o relato de los hechos ocurridos a la naturaleza. Pero la historia que podemos comprender está metódicamente limitada al hombre y, apodícticamente, es la única historia posible. En consecuencia, no puede hablarse sino en sentido translaticio de una "historia

natural", porque la materia a que se refiere es no-antrópica y, por ende, escapa a toda posible comprensión. Lo que realmente sucede es que, mutatis mutandis, se aplica al antedicho concepto a un problema de diferente género, tomándose como sinónimas las significaciones de "historia" y de "cronología", cuando ésta expresa simplemente lo típico e inesencial de aquélla. Por esto, cuando el geólogo habla de la "historia" de la Cordillera de los Andes o el Zoólogo de la "historia" de los Auquénidos, lo que realmente quiere dar a entender es su mayor o menor antigüedad cronológica. En tales casos no existe pues historia sino mera cronología aplicada. La historia es algo más que la cronología; aquella utiliza a ésta como ciencia auxiliar, y nunca viceversa. Únicamente hay historia de lo humano; de lo no-humano solo cabe ofrecer una externa reseña cronológica en campos diferentes. Por otra parte, la cronología aplicada al conocimiento de la vida histórica tiene dos variantes: una, detallada, característica de los lapsos propiamente históricos, donde existe una suficiente documentación; otra, genérica, propia de las etapas prehistóricas, donde los momentos son las fuentes de conocimiento. En este lapso, las novísimas técnicas del Carbono XIV y de la Termoluminiscencia significan una inestimable contribución para el ordenado conocimiento de la prehistoria.

Problema complementario y paralelo al del Tiempo es el del Espacio. Poniendo de lado la discusión sobre la objetividad o subjetividad de Espacio, necesario es situarse en la perspectiva más afín al problema de la Historia. Tomado desde el punto de vista del lugar extenso

“en donde” se realizan los acontecimientos, la Geografía aparece como la otra ciencia auxiliar más importante. Todo hecho antropológico se desarrolla en una extensión dada. La Geografía estudia el medio que sirvió de marco para los acontecimientos y las diversas modalidades de su proceso. Para el historiador, la Geografía, y su derivada: la Toponimia, son disciplinas funcionalmente antropológicas.

Al lado de la Cronología y de la Geografía, propiamente imprescindibles, la Historia cultiva vinculación estrecha con disciplinas auxiliares sin las cuales no habría podido cumplir su misión específica, por ejemplo, la Paleografía, la Iconografía, la Numismática, la Heráldica, la Sigilografía. En plano distinto, la Psicología, la Sociología, la Arqueología, la Etnología, la Lingüística. De esta manera, la Historia aparece como una ciencia genéricamente vinculada a un complejo antropológico que la sostiene y le da vigor, y queda aquí planteada la cuestión relativa a la relación y a la jerarquía de las ciencias antropológicas.

TERCERA PARTE

CRITICA

INTRODUCCION

La parte inicial o problemática ha permitido plantear la diferencia genérica de las ciencias, señalar el campo de la Historia y dar una visión sintética de su proceso, explicando sus cambios a través del tiempo y las razones de su actual estado. La parte siguiente o teórica y sistemática ha servido para fundamentar a la Historia, mostrar su aspecto integral, señalar el método más adecuado para obtener sus fines, los procedimientos conexos y esbozar el campo de sus ciencias auxiliares. La parte final está destinada a criticar las deficiencias más frecuentes en la Historia y sus limitaciones como ciencia particular.

EL HISTORIADOR Y LA OBRA HISTORICA

Desde el punto de vista de un enjuiciamiento objetivo, conviene tratar acerca de los defectos más comunes al historiador y de la forma adecuada de calificar el valor de su obra.

Es corriente tratar los acontecimientos, o sea los hechos más importantes de un lapso determinado, sin una íntima compenetración, sin estar previamente anegados de aquella cotidiana vida pretérita, es decir desarrollados inadecuadamente. Aparece entonces una marcada deficiencia intuitiva y, como su natural contrapeso, el predominio de explicaciones erróneas, disfrazadas por el brillo literario y una aparente lógica. Típico resultado de este particular aspecto negativo es un *historiar anacrónico*.

Otro aspecto negativo está representado por aquella chillona precipitación que lleva a trabajar bajo la inicial repercusión de un breve contacto con las fuentes, obedeciendo a una simple y momentánea reacción psicológica. Necesario es una reacomodación espiritual y el ordenado aprovechamiento de las fuentes en una actitud post-psicológica de valor objetivo donde sea posible describir y desentrañar el sentido oculto del acontecimiento y se comprenda (más acá del defender o del atacar) su auténtica finalidad. Típico resultado de este particular aspecto negativo es un *historiar banal*.

Cabe señalar asimismo la sequedad espiritual como dañino factor para todo veledero historiar. Es en la Co-

tidiana experiencia vivida donde se forja la capacidad de comprensión para penetrar en lo recóndito de situaciones análogas y evocar y discurrir rectamente sobre las acciones pretéritas, censurándolas o alabándolas con entremezclada oportunidad, inconfundible característica de toda crítica histórica. Típico resultado de este particular aspecto negativo es un *historiar ingenuo*.

Finalmente, se tiende muchas veces a escribir una historia dirigida, obra destinada a probar una tesis preconcebida. Esto sucede cuando predomina a priori un sentido pragmático de la Historia. Se cree que la labor histórica, desde que comienza la investigación debe servir para algo predeterminado. La indagación científica de la historia no puede ser falseada por prejuicios básicos. Debe desarrollarse de acuerdo con el material que se posee y en la forma que el contenido, críticamente tratado, señale. Esto no quiere decir que la Historia carezca de aplicación, no sirva al hombre "para algo". Primero debe realizarse la investigación. Terminada la obra, puede hacerse un variado uso de ella. La obra histórica puede servir para conocer situaciones del pasado, para educar un pueblo vacilante, para el mutuo conocimiento internacional y afianzamiento de la paz, para el reencuentro de elementos culturales olvidados etc., etc.; pero todo esto a posteriori, cuando el trabajo haya sido realizado. Típico de este particular aspecto es un *historiar ofuscado*.

Junto a estas consideraciones sobre ciertos defectos de la actividad del historiador, cabe señalar algunas complementarios sobre el correcto enjuiciamiento de la obra que efectúa. Específicamente no se trata de publicaciones documentales, ni de reediciones u otro estilo de pu-

blicaciones pasivas, sino del trabajo propiamente crítico, donde para efectuarlo se ha cumplido con los requisitos historiográficos e historiológicos necesarios.

Es tradicional enjuiciar las obras de los historiadores por críticos que adoptan una determinada y parcial perspectiva. Unos, califican la obra examinando las fuentes utilizadas; otros, por las deficiencias que aparecen en la narración; aquellos, por lo precipitado de las interpretaciones; y muchos, simplemente por su valor literario. En realidad, todos tienen una parte de razón pero ninguno realiza una auténtica crítica. Si la obra histórica es de compleja elaboración, es necesario que la calificación integral salga mediante una suma de criterios parciales que den una visión total, no absolutamente exacta pero sí más aproximada que la que pueda obtenerse de manera tradicional.

Para esto es necesario sopesar la importancia de cada una de las partes en la calificación del integral valor histórico de la obra y luego asignarle una apreciación cuantitativa. La selección de fuentes para la bibliografía es tarea más o menos de rutina para el historiador, lo cual no quiere decir que las fuentes carezcan de especial importancia. Verificadas con la parte narrativa, momento en el que se ve el correcto o erróneo uso de éstas, constituye la parte principal del trabajo histórico, donde aparece la calidad específica que respalda la objetividad. Otra de las partes importantes es la interpretativa, porque muchas veces pueden invalidarse los mejores aportes documentales debido a la inclusión de juicios antojadizos u originados en prejuicios ideológicos. Por último, la expresión literaria, aunque de imprescindible utilidad,

es de menor catadura específica. Según esto, la escala jerárquica de valoración estaría formada por el aspecto historiográfico, el historiológico y el literario. Si a cada una se les asigna un determinado valor cauntitativo puede obtenerse un resultado que permita la calificación integral y objetiva de la obra histórica.

LIMITACIONES DE LA HISTORIA

Entendida como una disciplina antropológica particular, la Historia presenta naturales limitaciones propias de toda obra cognoscitiva.

Desde un punto de vista genérico, se encuentra circunscrita a lo específicamente humano, aplicado a cualquier campo posible. Por otra parte se descubre una exageración en el uso del concepto "historia" cuando se le presenta como sinónimo de "culturología", que tiene un papel de ciencia subordinante.

Aplicada a lo no- antropológico, la significación de "historia" o es tomada en sentido translativo o se la confunde con la de "cronología", que es ciencia subordinada.

Específicamente, la Historia está apodícticamente limitada a estudiar los acontecimientos pasados, ya realizados. Toda pretendida Historia presente es en verdad mera Crónica, cuyos prejuicios son fáciles de objetivar. Como ciencia a posteriori, aunque fundamentable a priori, toda Historia, objetivamente válida, descarta a la llamada "Historia futura", hecha en verdad a base de analogías con acontecimientos pasados y de clara tendencia "profética".

Existe asimismo una limitación funcional. La reconstrucción del acontecimiento, si ha de guardar su necesaria objetividad, debe realizarse solamente con ayuda de la imaginación reproductora (no de la imaginación creadora) que ayude a reelaborar en lo posible la orgánica individualidad de un acontecimiento pasado a base de datos documentales y bibliográficos críticamente depurados.

EPILOGO

Partiendo de la idea que la ciencia está constituida por un conjunto de conocimientos objetivamente válidos, recogidos en forma sistemática, las ciencias humanas (llamadas también "culturales", "del espíritu", "antropológicas" etc.) conforman con las ciencias naturales una unidad genérica con dos variantes específicas.

La Historia juega un papel relacionante en el grupo de las Ciencias Humanas, en forma parecida al papel de las Matemáticas en el grupo de las ciencias físico-naturales. Tomando como base la descripción documental, todo historiar de validez objetiva culmina en una interpretación crítica, es decir que la Historia surge de una especie de "combinación química" de ambos factores, dando un producto nuevo y distinto proveniente tanto del documento cuanto del juicio expresado por el historiador.

Describir sin interpretar es algo incompleto, interpretar sin previamente describir es algo vacío. El cómo y el qué de los hechos humanos, correlativamente considerados, es lo fundamental de toda Historia auténtica.

I N D I C E

	Pág.
Prólogo	7
PRIMERA PARTE: PROBLEMATICA	
1. Conocimiento antropológico y no-antropológico	13
2. El problema y sus antecedentes	19
SEGUNDA PARTE: TEORETICA Y SISTEMATICA	
Introducción	31
3. El objeto histórico	33
4. Estructura de la Historia	41
5. Método y Procedimientos	47
6. Cronología y Geografía	55
TERCERA PARTE: CRITICA	
Introducción	63
7. El Historiador y la obra histórica	65
8. Limitaciones de la Historia	71
9. Epílogo	75

Este libro se terminó de imprimir el 3 de enero de 1980 en
la imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Paruro 119 Lima-Perú

Imprenta de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos